

# BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 9

Marzo de 2006

## Palabra de Dios

*“Damos gracias sin cesar a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por vosotros en nuestras oraciones, al tener noticia de vuestra fe en Cristo Jesús y de la caridad que tenéis con todos los santos, a causa de la esperanza que os está reservada en los cielos y acerca de la cual fuisteis ya instruidos por la Palabra de la verdad, el Evangelio, que llegó hasta vosotros... Por eso, tampoco dejamos de rogar por vosotros desde el día que lo oímos, y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios; confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia; dando con alegría gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz”*

(Col 1, 1-5; 9-12)

## Índice

Cuaresma	1
Enseñanza: Jesús Tentado en Nosotros	2
Este Mes: Vencedor porque es Víctima	6
Para Meditar	7
El Rincón de los Testimonios	7
Recordemos qué es la Renovación: ¿Un nuevo Pentecostés?	9
Noticias...Noticias...Noticias	14
Ideas Para Tu Biblioteca	16
A Tu Servicio	17

## Cuaresma

Nuestro muy amado Juan Pablo II marcó a la Renovación Carismática, a modo de testamento espiritual, cuatro vías o caminos en los que debía profundizar y crecer para fructificar en los dones recibidos de Dios: la oración, la comunión, la formación y la proclamación. A los dos primeros se refirió el anterior boletín. Este nuevo número, que llega a vuestras manos en el centro de la Cuaresma, está dedicado a la formación.

Como dice la palabra que meditamos hoy, el objeto de la formación es “llegar al pleno conocimiento de la voluntad de Dios”, y esto no se logra por medio de un raciocinio puramente humano sino a través de “la sabiduría y la inteligencia espiritual”. La sabiduría verdadera, con la comprensión de las cosas de Dios, es un don de Dios: “Les daré corazón para conocerme...” (Jr 24, 7). Y el Espíritu Santo es nuestro maestro. Por supuesto que tenemos que usar nuestra inteligencia –que también es regalo de Dios– pero en una dimensión nueva: iluminada por el Espíritu. Él es quien nos conduce a la verdad completa: Jesucristo nuestro Señor, que con su encarnación, muerte y resurrección nos ha hecho “aptos para participar en la herencia de los santos en la luz”.

Jesús es la verdad revelada por el Padre, –en Él nos lo ha dicho todo (Hb 1, 2)–, una sabiduría inabarcable para nuestra razón humana, pero aceptando nuestra pequeñez y de la mano de su Espíritu podemos acercarnos a ella con los medios que el mismo Dios pone a nuestro alcance: el estudio y meditación de las Sagradas Escrituras, la escucha atenta de la predicación, la doctrina de la Iglesia y las enseñanzas de los Padres, los cursos de Biblia y de profundización, los libros de los maestros espirituales...

Por otro lado, si cualquier tiempo es bueno para profundizar en el conocimiento del Señor y así experimentar más y más su amor –se puede conocer sin amar pero no se puede amar sin conocer–, la Cuaresma lo es doblemente porque es un tiempo precioso de conversión: tiempo de escucha y de silencio, de meditar los misterios de nuestra redención, de acoger ese amor apasionado hasta la locura de nuestro Dios que “tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

La Cuaresma y la Semana de Pasión tienen sentido para nosotros desde la Pascua, desde mirar en nuestro interior para ver si seguimos llorando ante un sepulcro vacío o vivimos desde la victoria de Jesucristo, entregando nuestras propias pasiones, cruces y muertes al poder de su resurrección. Convertirse no es hacer esfuerzos ímprobos para ver si conseguimos deshacernos de nuestros pecados y debilidades –ya sabemos que con nuestras fuerzas no podemos– sino volvernos, cargados con nuestras pobreza, hacia Aquél que es la fuente de la santidad y dejarnos transformar por él. La conversión es también un don gratuito de Dios, como expresa Jeremías: “Hazme volver a ti y

volveré, porque tú eres el Señor, mi Dios” (Jr 31, 18). ¡Ábrete a Jesús, acoge su amor y su misericordia y, entonces, su poder, que habita en ti, hará la obra!

En este tiempo la Iglesia nos llama a la penitencia, pero ya sabemos qué clase de penitencia quiere el Señor: partir el pan con el hambriento, dar libertad a los quebrantados, acoger a los pobres sin hogar, consolar a los afligidos, no hablar maldad ni señalar con el dedo a nadie, no cerrar el corazón a tus semejantes... (Cf. Is 58). Jesús nos sigue diciendo: “Id a aprender qué significa aquello de ‘misericordia quiero, que no sacrificio’...” (Mt 9, 13), para ponernos en guardia contra ese pequeño fariseo legalista que aparece de tanto en tanto en nuestro interior.

*El equipo de servidores de la Zona Centro*

## **Enseñanza: Jesús Tentado En Nosotros**

**Texto: Mt. 4, 1-11**

Hay una lectura de Melitón de Sardes en la liturgia de las horas, que tal vez nos pueda ayudar a comprender este texto de Mateo que nos narra cómo el Espíritu Santo, el Espíritu del amor de Dios, condujo a Jesús al desierto ¡para ser tentado por el diablo! A simple vista no nos cabe en la cabeza, parece una locura y sin embargo tiene una profundidad para nosotros inaudita. La lectura a la que me refiero, afirma que en Jesús ha sucedido toda la historia de la humanidad, también mi historia y la tuya. Dice que Jesús fue tentado en Adán, asesinado en Abel, atado de pies y manos en Isaac, vendido en José, perseguido en David, en los profetas, apedreado y deshonrado, en los mártires, asesinado: en todas las víctimas inocentes de la tierra Jesús ha sido profanado, martirizado, asesinado. Y esto lo cambia todo en el entendimiento de esta palabra de las tentaciones de Jesús, porque vemos cómo la gran tentación diabólica ataca directamente lo más íntimo y sagrado de nosotros: va contra Jesucristo para evitar que viva en nosotros, para que lo que hay de Dios en el hombre no crezca y, al no crecer, no nos transforme y nos salve. Por esta razón, la tentación diabólica es contra la vida de Dios que llevamos dentro de nosotros mismos, contra Dios mismo que vive en cada uno de nosotros. En el fondo, sabe bien el diablo que la salvación no está en nosotros ni en nuestro poder: está en Aquél que vive dentro de no-

sotros. Por esta razón, su triunfo consiste en que Jesús no crezca en nosotros, de lo que se trata es de que Jesús no pueda con nosotros, no pueda con nuestra carne, no nos transforme, no nos deifique, no nos glorifique en frase de san Pablo (cf Rm 8, 30). La gran tentación diabólica va contra lo que tenemos de Dios en nuestro propio corazón.

Hay una leyenda que nos puede hacer entender esto. Me refiero a “La leyenda del Gran Inquisidor” que escribió Fiódor Dostoievski en el libro de “Los hermanos Karamazov”. El argumento expone que, en el siglo XVI, viene Jesús a Sevilla a predicar y el gran inquisidor, la gran autoridad eclesiástica y civil, lo mete en la cárcel. Y estando Jesús en la cárcel detenido, en la noche, el gran inquisidor va a hablar con él. Y en un monólogo terrible quiere hacer ver a Jesús que se equivocó al vencer sus tentaciones, que tenía que haber caído en ellas, que es lo que ha hecho la Iglesia suya después. Comprendo que es un texto un poco fuerte para digerir, pero nos puede iluminar mucho sobre el contenido profundo de este texto que acabo de proclamar.

Le dice el gran inquisidor:

—“¿Tú te imaginas lo que hubiera sido el mundo y la Iglesia si te hubiéramos hecho caso y hubiéramos vencido las tentaciones como las venciste tú? Nosotros hemos logrado, con el poder,

mantener las conciencias tranquilas, hemos conseguido la paz en las naciones, hemos tenido fuerza para controlar esa fiera humana que tiene el hombre en el corazón, no le hemos permitido ser libre, porque si le hubiéramos permitido ser libre, entonces ¿qué hubiera sido de la humanidad? Nosotros hemos logrado una fama, un prestigio en el mundo, y cuando se habla de la Iglesia, tiene peso, y ese peso es necesario para que todo el mundo la considere, para que todo el mundo

*Vemos cómo la gran tentación diabólica ataca directamente lo más íntimo y sagrado de nosotros: va contra Jesucristo para evitar que viva en nosotros, para que lo que hay de Dios en el hombre no crezca y, al no crecer, no nos transforme y nos salve.*

sepa la gran obra que hemos hecho en tu nombre. Y la Iglesia también ha tenido que tener bienes para poder edificar todas las cosas que ha construido y dar esta imagen universal que tiene a lo largo de la historia. Tú te has equivocado por vencer esas tentaciones; tú tenías que haber caído en ellas, porque sólo cayendo en ellas se puede organizar el mundo; sólo cayendo en ellas, podemos generar una sociedad verdaderamente organizada;

sólo con poder, sólo con dinero, sólo con prestigio, se pueden hacer muchas cosas que, de otra manera, no se conseguirían. Toda la gran estructura social que hemos logrado en este mundo, a través de los siglos, ha sido por caer en las tentaciones y utilizar estos medios para lograr engrandecer tu obra en el mundo”.

El pobre inquisidor se desgañita dando a Jesús todas estas razones – algunas de ellas más fuertes que las que he dicho aquí–, para hacerle ver que verdaderamente en este mundo no se puede vivir con el evangelio que predicó Jesús ni con la respuesta que dio al diablo. Al final de ese largo monólogo, Jesús, que estaba oyéndole sin decir una sola palabra, se acercó al viejo anciano, le dio un beso y se fue.

Pues bien, nosotros sabemos que la historia es otra, que no se trata de construir, según los criterios de este mundo, una sociedad maravillosa para el Señor. Lo único que importa es Dios viviendo en nosotros, es Jesús habitándonos y manifestándose desde nosotros. Y Jesús es gracia, no es poder humano, no es riqueza humana, no es fama humana. Jesús es la pobreza en lo humano, pero el poder infinito en lo divino que está en nuestro propio corazón. Y esto es lo que cambia totalmente la historia del ser humano. Lo que Dios trata de conseguir es que Jesús crezca en cada uno de nosotros, que fructifique en el corazón de todos los hombres y se exprese en forma de Iglesia, pero se exprese como gracia, como nacida de Jesucristo, y no construida de otra manera.

Este crecimiento en Dios en cada uno de nosotros lo ha intentado Dios en la historia dos veces. La primera con su pueblo elegido y sabemos que fue un fracaso. Dios llevó a su pueblo al desierto, pero llevarle al desierto significa lo mismo que ser tentado por el diablo. ¿Por qué? Porque el pueblo al que llevó el Señor al desierto es un pueblo que sólo creía en los bienes humanos; no tenía otra visión más allá de ésta que el mundo nos da. Cuando el Señor les saca de Egipto hay un hermoso canto de liberación y acción de gracias (Ex 15,1-18), porque se

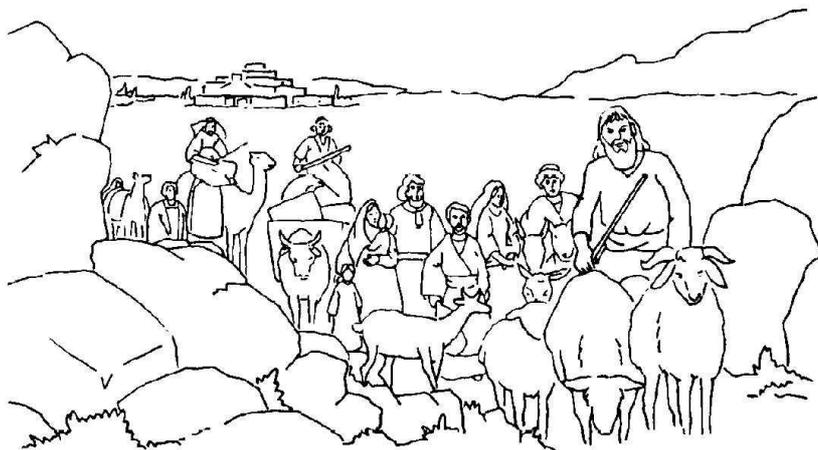
*Lo único que importa es Dios viviendo en nosotros, es Jesús habitándonos y manifestándose desde nosotros. Y Jesús es gracia, no es poder humano, no es riqueza humana, no es fama humana. Jesús es la pobreza en lo humano, pero el poder infinito en lo divino que está en nuestro propio corazón. Y esto es lo que cambia totalmente la historia del ser humano.*

sienten libres, pero cuando de pronto se encuentran en aquellas arenas donde no hay nada, no hay ajos ni cebollas, no hay agua, no hay ningún bien de este mundo, ese pueblo se asusta y dice: “Pero, ¿por qué nos has traído aquí, a la muerte?”

A ese pueblo le condujo Dios, a ese pueblo le liberó Dios y le llevó al desierto. Y llevarle al desierto fue lo mismo que llevarle a ser tentado. Ser tentado, ¿en qué? Pues a ver si opta por este mundo u opta por Dios; a ver si opta por los bienes de este mundo u opta por el Dios que está en su propio corazón, que es el que va a dar la salvación y la vida, que es como la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna. ¿Por qué opta su pueblo? ¿Qué elige su pueblo? Vemos como a trancas y barrancas fueron llegando a la tierra prometida, pero siempre con protestas: “No tenemos agua, nos can-

samos de comer siempre maná, no tenemos carne que comer, no podemos confeccionar nuevos vestidos, no nos das nada de todo esto que es lo que verdaderamente necesitamos...” (Ex 15; 16; 17). Y cuando el pueblo siente esta carencia de los bienes de este mundo, protesta contra Dios y murmura de Moisés y de los que les sacaron de Egipto: “¿No hay derecho a que nos traiga a un lugar donde no hay nada de este mundo!”

Sabemos que Dios les contestaba, a causa de su dura cerviz, dándoles cosas de este mundo –agua y maná y codornices–, pero sin conseguir que verdaderamente se fiaran de él, que se pusieran totalmente a su disposición, que verdaderamente aquel pueblo creyera en serio en su Dios. Porque si se cree en un Dios vivo, hay que creer con más poder que en unas berzas y en unos nabos y en unos puerros y en un agua de este mundo. Y esta es la apuesta de Dios. Pero el pueblo elegido no logró creer más en Dios que en las cosas que se tocan y se ven y se experimentan. De hecho, si habéis leído la Escritura, dice el libro sagrado que no entraron en la tierra prometida los mayores de 20 años, es decir, todos aquellos que no confiaron en él. Solamente lo consiguieron los jóvenes, que no habían tenido esa experiencia de falta de fe, y dos o tres que se fiaron de verdad, Caleb, Josué, etc. Todos los demás no entraron en esa tierra (Nm 14, 20-24; Dt 1, 34-40). Fue un gran fracaso. Y san Pablo nos dice que este fracaso se debió a que este pueblo vivía y tenía que cumplir



las cosas sólo con la ley.

Pero hay una segunda experiencia de Dios que es la que ha hecho con su pueblo, que somos nosotros, que ya no tenemos la ley para cumplir sino que se nos ha dado la gracia. A nosotros se nos ha dado la gracia –que no anula la ley sino que le da plenitud–, y la gracia es Jesucristo. Y aquí viene la pregunta que tenemos que hacernos ahora nosotros, que tiene que hacerse el pueblo que camina también por el desierto, que ha sido llevado por el Señor al desierto para ver si realmente apuesta por su Dios: ¿Es más poderoso Jesucristo viviendo en mí que yo deseando cosas de este mundo? ¿Es más poderosa la presencia de Dios en mí que todas las cosas de este mundo? ¿Es más poderoso el poder de Dios en mí que las cruces que puedo tener en este mundo? ¿Es más poderoso Jesucristo en mí que las cosas que pueden acontecer en mi historia? Esta es la pregunta que ahora, hoy, viene desde este texto a nuestro propio corazón, porque de lo que se trata es de que Cristo pueda en nosotros superar y vivir plenamente este mundo pero no perteneciendo a este mundo, ¡libres de este mundo! ¿Cómo amar totalmente a este mundo, siendo libres de este mundo? ¿Cómo estar en este mundo no perteneciendo a este mundo?



¿Cómo creer en el corazón lo que dijo Jesús a Pilatos: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18, 16)? Pues bien, esto sólo podemos lograrlo por la obra de Jesucristo, por pura gracia, sólo por eso.

Lo vais a ver en la explicación de este mismo texto. Cuando el diablo tienta a Jesús le tienta con los alimentos, con la abundancia de bienes, y le tienta también con la fama y con el poder, hasta el punto de pedirle que le adore. ¿Cuál es la respuesta de Jesús?, ¿os habéis fijado bien? Jesús no se apoya en sí mismo para vencer estas tentaciones, porque como vemos en los textos anteriores, él ha venido a este mundo como un hombre pobre, como el que no puede, como la debilidad. Jesús para vencer estas tentaciones se apoya en su Padre y en lo que su Padre había revelado y dicho, y cita unas palabras del Libro del Deuteronomio, que sabéis muy bien que es un libro que se refiere a Dios como Padre y a las maravillas que Dios ha hecho con su pueblo. Jesús cita: “Mi Padre ha dicho, que no sólo de pan vive el hombre y si mi Padre lo ha dicho, lo creo, ¡lo creo! Y creo más en esta palabra de mi Padre que en todo el pan que me estás ofreciendo a pesar de que tengo hambre” (cf Dt 8, 3). De nuevo el diablo le tienta, llevándole al pináculo del templo: “Fíjate, si te tiras de aquí, de este pináculo del Templo, la gente te va a ver, te van a recoger los ángeles... ¡qué mejor que un Mesías así!”. Es lo mismo del Gran Inquisidor. ¿Qué le contesta Jesús?: “También está esto escrito en el mismo libro donde mi Padre habló: No tentarás al Señor tu Dios” (cf Dt 6,16). De nuevo el diablo le tienta con el poder: “Mira, todo esto que está aquí te lo voy a dar si te postras ante mí y me adoras”. Y de nuevo Jesús acude a la gracia, al poder de Dios: “Yo no hago nada por mi cuenta, es el Padre quien lo va a hacer: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto. Y eso también está escrito, es palabra de Dios” (cf Dt 6, 13). Jesús creía tanto en la palabra de Dios, en el poder de la palabra que, con ese poder, venció las enormes tentaciones a que fue sometido, porque se fió de la palabra más que de sus propias fuerzas. ¿Nosotros nos fiamos de Jesús más

*Jesús cita: “Mi Padre ha dicho, que no sólo de pan vive el hombre y si mi Padre lo ha dicho, lo creo, ¡lo creo! Y creo más en esta palabra de mi Padre que en todo el pan que me estás ofreciendo a pesar de que tengo hambre” (cf Dt 8, 3).*

que de nuestras propias fuerzas? ¿Tenemos la experiencia de creer en el Jesucristo que vive en nosotros por encima de nuestros esfuerzos? ¿Cuando caemos en una tentación hacemos esto? ¿Acudimos a la gracia, que es Jesucristo, que tiene para mí todo poder sobre las cosas humanas, todo poder de liberación, de sanación, de curación? ¿Acudimos de verdad a la gracia que vive en nosotros o todavía nuestro propio yo quiere hacerse el fuerte, quiere hacerse el perfecto, quiere hacerse el interesante, a ver si puede dominar esas tentaciones, a ver si puede quedar bien por sus méritos y fuerzas sin recurrir al Señor? Esta es la postura que nosotros tomamos muchas veces: apoyarnos en nosotros mismos para vencer las tentaciones de nuestra vida, y ¡así nos va! Antes de haber salido de confesarnos ya hemos caído en lo mismo que habíamos confesado. Y si nos apoyamos sobre nosotros mismos es porque en el fondo no tenemos fe: “Si tuviérais fe como un granito de mostaza, diríais a este sicómoro: ‘arráncate y plántate en el mar’ y os obedecería” (Lc 17, 6), nos dice Jesús. Pero nosotros tenemos más fe en nosotros mismos que en Jesucristo. Y para esto es para lo que el Señor nos lleva a ser tentados por el diablo en el desierto: ¡para que en nosotros crezca la fe! Aunque no nos

*Y para esto es para lo que el Señor nos lleva a ser tentados por el diablo en el desierto: ¡para que en nosotros crezca la fe! Aunque no nos demos cuenta, este es el proceso que Dios está llevando en cada uno de nosotros.*

demos cuenta, este es el proceso que Dios está llevando en cada uno de nosotros, porque una purificación es llevarnos al desierto para ser tentados por el diablo. El otro día me hablaba una señora y me decía: “Se ha muerto mi marido, y tengo una tragedia terrible porque ahora no siento a Dios, no tengo fe”. Este “no siento”, es el desierto. Te ha llevado al desierto y ahí eres tentado para ver si tu sensibilidad es más pequeña o más grande que la fe que tienes en Jesucristo. Si la fe supera la sensibilidad, has dado un salto impresionante en tu confianza en Dios. Toda forma de purificación, toda forma de sequedad interior, toda forma de desierto, no es más que la gran oportunidad a la que nos lleva Dios para que suceda Dios en nosotros, para que Jesucristo crezca en nosotros y podamos vivir en este mundo libres de este mundo. Porque sólo siendo libres de este mundo podremos dar testimonio de que hay otra realidad distinta a los hombres que sólo creen en ésta. ¿Cómo puedo dar testimonio de Dios, de otra vida, de otra realidad, si yo también estoy atado a este mundo? Imposible.

Pues bien, el Señor nos ha traído a un grupo de oración de la Renovación, lo mismo que al desierto, para ser también aquí tentados por el diablo. Cada uno de nosotros puede contar sus tentaciones: tentaciones de huida del grupo, tentaciones de sequedad, tentaciones de que no servimos para nada, tentaciones de que la Renovación es muy pobre, que no tenemos poder, que no estamos demasiado organizados y no figuramos en la Iglesia, o, al contrario, tentaciones de que somos maravillosos, mejores que los demás... ¡tentaciones de todo! Esas son las grandes tentaciones a las que en estos momentos estamos sometidos todos. Y podemos caer en ellas fácilmente: organizando infinitas cosas, tratando de realizarnos humanamente, pero no dejando que Jesucristo crezca en nosotros, no permitiendo al Señor que nos purifique, nos transforme, nos haga crecer en la fe, nos lleve al abandono y a la confianza total en su amor. Y por esta razón ¡cuántos proyectos humanos han sido totalmente baldíos! ¡Cuántas programaciones humanas están tiradas por ahí, en di-

versos lugares, sin haber dado vida! Nosotros tenemos una tendencia enorme a organizarnos según este mundo y por eso Dios tiene que desorganizarnos para que, por fin, pueda crecer él. ¿Qué significa desorganizarnos? Significa decrecer para que él crezca, se manifieste y podamos dar testimonio de algo nuevo que el mundo necesita

*¿Hemos utilizado a Jesús dentro de nosotros como el gran poder para vivir?*

y no tiene.

Así pues, si Jesús en este momento es tentado en ti, si Jesús es tentado en todos sus hijos, ante esa tentación que estamos sintiendo en el corazón, ante ese proceso de nuestra inteligencia que no ve, nuestra voluntad que no puede, nuestra sensibilidad que no siente, nuestra vida que no acabamos de entender, ante toda esa situación, ¿a dónde podemos acudir? No tenemos más que un camino: ¡al Jesucristo que es tentado en mí! Porque sólo él me puede librar de mi propia tentación, él que es la Palabra, la Palabra que decir al enemigo para que se vaya. Y él la pronuncia en nuestro propio corazón. Esta es la gracia maravillosa de Jesucristo, que nos sana, que nos hace cada vez más libres de las

cosas de este mundo, cada vez más felices, porque con él no estamos adorando ídolos, no estamos sometidos a la esclavitud, no estamos atados con cadenas, como estaba su pueblo, que no acabó de creer en el Señor.

Esta es la gran lección de este texto de las tentaciones de Jesús: Jesús es tentado en mí, y si es tentado en mí, está claro que el centro para vencer toda tentación está en mí. Pero él es gracia, él es el poder y, si él ha puesto su morada en nosotros, ese poder está dentro de nosotros, como nos dijo Jesús: “El reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17, 21). Y está como un poder que podemos utilizar. ¿Hemos utilizado a Jesús dentro de nosotros como el gran poder para vivir? ¿Le hemos utilizado como el gran poder para hacernos libres? ¿Le hemos dejado crecer, decreciendo nosotros, para así aceptar con alegría las limitaciones, la pobreza, las purificaciones, las soledades, las cruces de nuestra vida? Esta es la pregunta final, y a ella quiero contestar con un ruego: pidiéndole al Señor por cada uno de vosotros, para que esta experiencia de que Jesús es tentado en todos nosotros, nos la revele y nos la grabe en lo más profundo del corazón, porque así conoceremos el lugar donde hemos de acudir en cada uno de los momentos difíciles de nuestra vida.

Pedro Reyero O.P.



# Este Mes: Vencedor porque es Víctima

**VICTOR QUIA VICTIMA -  
Vencedor porque es víctima**

**RAINIERO CANTALAMESSA**

*Predicación de viernes santo  
del año 2004 en la basílica  
del Vaticano*

*Por las fatigas de su alma,  
verá luz, se saciará.*

*Por su conocimiento justificará mi  
Siervo a muchos  
y las culpas de ellos él soportará.*

La mayor novedad, en todo el canto, no es que el Siervo permanezca como cordero manso y no invoque justicia y venganza de Dios, como hacían Job, Jeremías y muchos salmistas. La novedad mayor es que ni siquiera Dios trata de vengar al Siervo y hacerle justicia. Es más, la justicia que Él hace al Siervo no consiste en castigar a los perseguidores, sino en salvarlos; ¡no en hacer justicia a los pecadores, sino en hacer justos a los pecadores! «Justificará mi Siervo a muchos».

Este es el hecho «nunca oído» que el apóstol Pablo vio realizado en Cristo y proclama triunfalmente en la Carta a los Romanos: «Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia en

virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Rm 3, 24-25).

Persiste, es cierto, una sombra oscura sobre la actuación de este Dios. «El Señor ha querido abatirlo con dolores». Nos horrorizamos ante el pensamiento de un Dios que «se complace» con hacer sufrir a su propio Hijo y, en general, a cualquier criatura. ¡No ha querido el medio, sino el fin! No el sufrimiento del Siervo, sino la salvación de muchos. «Non mors placuit sed voluntas sponte morienti», explica San Bernardo [1]; no le complace la muerte del Hijo, sino su voluntad de morir espontáneamente para la salvación del mundo.

*Por eso le daré su parte entre los  
grandes  
y con poderosos repartirá despojos,  
ya que indefenso se entregó a la  
muerte  
y con los rebeldes fue contado,  
cuando él llevó el pecado de muchos,  
e intercedió por los rebeldes.*

Esto es lo que le ha agradado verdaderamente a Dios, lo que Él hizo con sumo gozo. Nos lo ha recordado el apóstol Pablo con aquel texto que hemos escuchado como aclamación del Evangelio y que hace de nexo entre la profecía de Isaías y el relato de la Pasión:

Cristo se hizo por nosotros obedien-

te hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre

(Flp 2, 8-9).

\* \* \*

La pasión de Cristo, descrita proféticamente en Isaías e históricamente en los Evangelios tiene un mensaje especial para los tiempos que estamos viviendo. El mensaje es: ¡No a la violencia! El Siervo «no ha cometido violencia», si bien sobre Él se ha concentrado toda la violencia del mundo: fue golpeado, traspasado, maltratado, aplastado, condenado, quitado de en medio y finalmente arrojado en una fosa común («se le dio sepultura entre los impíos»). En todo ello no abrió la boca, se comportó como cordero manso llevado al matadero, no amenazó con venganza, se ofreció a sí mismo en expiación e «intercedió» por los que le daban muerte: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

(Lc 23,34).

Así venció a la violencia; la venció no oponiendo a ésta una violencia mayor, sino sufriendola y mostrando toda su injusticia e inutilidad. Ha inaugurado un nuevo tipo de victoria que San Agustín ha condensado en tres palabras: «Victor quia victima»: vencedor porque es víctima [2].

*(Fragmento de la predicación de viernes santo 2004. La predicación completa, traducida originalmente al castellano por zenit.org, puede leerse en: <http://www.cantalamezza.org/es/2004viernessanto.htm> )*



## Para Meditar...

*De una homilía antigua sobre el grande y santo Sábado*

### El descenso del Señor al abismo

¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo.

Va a buscar a nuestro primer padre como si éste fuera la oveja perdida. Quiere visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. Él, que es al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de dolores a Adán y Eva.

El Señor, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la cruz, se acerca a ellos. Al verlo, nuestro primer padre Adán, asombrado por tan gran acontecimiento, exclama y dice a todos: “Mi Señor esté con todos.” Y Cristo, respondiendo, dice a Adán: “Y con tu espíritu.” Y, tomándolo por la mano, lo levanta, diciéndole. “Despierta, tú que duermes, le-

vántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz”.

Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo que tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: “Salid”, y a los que se encuentran en las tinieblas: “Iluminaos”, y a los que duermen: “Levantaos”.

A ti te mando: Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; Levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona,

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo; por ti, yo, tu Señor, he revestido tu condición servil; por ti, yo, que estoy sobre los cielos, he venido a la tierra y he bajado al abismo; por ti, me he hecho hombre, semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos; por ti, que fuiste expulsado del huerto, he sido entregado a los judíos en el huerto, y en el huerto he sido crucificado.

Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar de acuerdo con

mi imagen, tu imagen deformada; contempla los azotes en mis espaldas, que he aceptado para aliviarte del peso de los pecados, que habían sido cargados sobre tu espalda; contempla los clavos que me han sujetado fuertemente al madero, pues los he aceptado por ti, que maliciosamente extendiste una mano al árbol prohibido.

Dormí en la cruz, y la lanza atravesó mi costado, por ti, que en el paraíso dormiste, y de tu costado diste origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te saca del sueño del abismo. Mi lanza eliminó aquella espada que te amenazaba en el paraíso.

Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó del paraíso; yo te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celeste. Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino imagen del verdadero árbol; yo soy el verdadero árbol, yo, que soy la vida y que estoy unido a ti. Coloqué un querubín que fielmente te vigilara; ahora te concedo que el querubín, reconociendo tu dignidad, te sirva.

El trono de los querubines está a punto, los portadores atentos y preparados, el tálamo construido, los alimentos prestos; se han embellecido los eternos tabernáculos y moradas, han sido abiertos los tesoros de todos los bienes, y el reino de los cielos está preparado desde toda la eternidad.

## El Rincón de los Testimonios

Soy la cuarta de cinco hermanos. El marco de mi educación fue una familia agnóstica y una escuela laica. Mi bautizo, comunión y confirmación fueron rituales en una España católica (años 60 -70).

Mis padres discutían mucho, oíamos sus quejas durante la noche y al

amanecer sus ojeras apenas disimulaban la tensión entre ambos. Las comidas transcurrían en silencio y mirando al plato, ¡me sentía tan triste...!

Pronto llegaron la ruina en nuestra joyería, las deudas y más discusiones. Mis tres hermanos mayores se fueron de casa jóvenes; dos se casaron y mi

hermana Carmen marchó a Italia, perdimos sus pasos durante más de seis años. El pequeño y yo permanecimos en casa, navegamos unidos y asustados por aguas muy turbulentas.

La depresión de mi padre ante deudas millonarias y con matrimonio infeliz, le entregaron en manos de la

ludopatía. De nuevo, noches de insomnio, esperando el regreso de mi padre del casino, la pérdida de nuevo empleo y la separación de mis padres.

Hasta aquí, mi fortaleza y la de un par de amigas que me consolaban, me sostenían con cierta dignidad.

Me refugié en los libros, en la música, en definitiva, en adquirir sabiduría que diera consistencia a mi vida gris.

La felicidad ajena se me antojaba superficial e insuficiente, mis libros eran existencialistas, sus protagonistas tenían que sufrir más que yo para verme reflejada en ellos. Un manto de vacío cubría mi vida y bebí en fuentes que, ¡gracias a Dios!, se secaron.

Cuando al año de la separación recobramos un poco de calma, regresó mi hermana de Italia muy desmejorada y con dos niñas, cuya existencia desconocíamos: Michelle de seis meses y Yolanda de tres años.

Mi madre y yo las acogimos en casa, tuvimos grandes dificultades de convivencia con mi hermana. Michelle enfermaba a menudo y pronto llegó la terrible noticia: Michelle tenía sida, mi hermana y William (en Italia) eran seropositivos y Yolanda estaba sana.

Imaginad el huracán de emociones que arrasaban mi corazón, nada ni nadie aliviaba mi ansiedad ni mi pena. Mi familia necesitaba salvación, pero ¿cómo inventarme a Dios si no creía en él? ¡Que cansado era vivir!

Soy enfermera, me movía entre la enfermedad y la muerte con misericordia pero con cierta naturalidad, pero ante una Michelle sufriente me hundía.

Unos meses antes conocí a Encarna en un nuevo trabajo; nos hicimos amigas. Pasó tiempo hasta que supe que pertenecía a la Renovación Carismática. A través de ella fui conociendo gente de su comunidad, pero siem-

pre en actividades lúdicas, ¡por supuesto! Confieso que la alegría, la acogida y la fraternidad entre ellos me llamaron la atención.

Incluso asistí una mañana a una Asamblea con Encarna. Ajena a lo que allí ocurría, me fijé en Javier, que desde su silla de ruedas, daba gloria a Dios; “¿Gloria a Dios? Es posible que esté alegre, seguro que a solas se hundió”, pensé. Javier habló conmigo, me dio la paz y rezó de mi mano el padrenuestro.

Al día siguiente volví sola, aproveché que Encarna no iría para que nadie lo supiera, me subí al rincón más alto y escondido del anfiteatro. Unos desconocidos me dieron la mano para rezar el padrenuestro y recuerdo que lloré durante el resto de la tarde.

Hasta un año después fue mi único contacto con un Dios aún lejano para mí.

Mi último coletazo de orgullo fue irme sola a Salamanca un fin de semana, así ordenaría mi cabeza y mi corazón atribulados por mi sobrina.

Caminaba sin rumbo por la ciudad, cuando a lo lejos reconocí la silueta de Javier y de un amigo ¡Qué Jesualidad! Comí con ellos y de nuevo su alegría y vitalidad me contagiaban.

Ya sola, fui a visitar la catedral como una turista más. Me senté en la última fila esperando que terminara la catequesis de un grupo de niños. Algo inquieta calculé que “el simulacro de misa” duraría poco. Desde el altar los críos hacían su oración de los fieles con mucha gracia. El sacerdote cerró la oración presentado a los niños enfermos de sida e invitó a esa “joven del fondo” a rezar el padrenuestro (de nuevo el padrenuestro). Menos mal que estaba sola porque lloré desconsolada durante la oración, que apenas me sabía.

Por fin sabía que mi historia le importaba a alguien a quien aún no ponía nombre. Al llegar a Madrid empecé a ir a Maranatha ¡qué lucha entre

mi corazón y mi razón! Por un lado no podía perder mi identidad ni mi voluntad, pero por otro lado ¡tenía tanta fe! Pedía de corazón el don de la fe; poco a poco cada canción, cada abrazo, cada alabanza, eran bálsamo para mis heridas y además ¡gratis!

La esperanza apareció de nuevo en mi diccionario, los libros tristes dieron paso a otros más espirituales, ¡la comunidad era una gran escuela!

El Señor me decía que nadie me quería como él, que precisaba de mí ¿Cómo no rendirse?

Michelle murió a los siete años; mi madre, que dio la vida por su nieta, murió al año siguiente de cáncer, y mi hermana a los siete años de su hija, tras un largo camino en casas de acogida. En todo momento la comunidad y el Señor nos han acompañado.

Doy gracias a Jesús por haberme revelado su amor, gracias porque en su cruz me ha sostenido y amado la mía. Gracias por su don de alabanza, por el testimonio de los hermanos, porque veo su obra en ellos, gracias por el don de la fraternidad. Gracias especiales al ministerio de música de Maranatha, a mi pequeña comunidad de Betania de Madrid y a todos los hermanos que me han acompañado con su oración, su amor y su presencia. ¡Conocimos a Jesús, ya nunca estaremos solos! ¡Gracias Señor!

*Mari Ángeles*



# Recordemos qué es la Renovación

Traemos hoy a nuestra Revista un extracto del Capítulo V del libro titulado: *¿Un nuevo Pentecostés?* Este libro fue escrito por una de las personas que más se interesó por la Renovación Carismática desde su nacimiento en 1967.

Estamos refiriéndonos al Cardenal L. J. Suenens. Dicho Cardenal fue nombrado asistente episcopal para la Renovación a nivel internacional por el Papa Pablo VI.

Autor y coautor de varios libros, dedicó una especial atención a la Renovación Carismática, a la que él mismo definió como “una corriente de gracia”.

Participó de una manera directa en la redacción de los llamados Documentos de Malinas, seis importantes documentos que desarrollan los fundamentos doctrinales y teológicos de la Renovación Carismática Católica o Renovación en el Espíritu.

Sin más consideraciones, pasemos a la lectura de estas páginas, ya que ellas nos harán conocer un poco más los fundamentos de nuestra amada Renovación.

## El Espíritu Santo en el corazón de la experiencia religiosa contemporánea

«Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu»

(Gal 5, 25)

Antes de constituir un artículo del Credo, como se dice, el Espíritu Santo vino a ser una experiencia vivida en la Iglesia primitiva. Esta experiencia espiritual jamás ha cesado de darse en la historia, y hoy mismo sigue animando todo lo que en la Iglesia lleva la marca de Dios. Reconocer tal presencia universal del Espíritu no debe impedirnos discernir una presencia privilegiada allí donde se produzca y deba ser analizada. Es del interior de este espíritu de acogimiento, en el que el Espíritu opera con soberana libertad, de lo que yo querría mostrar aquí la importancia para una renovación concreta de lo que se entiende por **Renovación Carismática**, o **Renovación en el Espíritu Santo**. Describiré brevemente sus orígenes, escucharé a diversos testigos e intentaré a continuación analizar esta experiencia religiosa contemporánea.

### I) El origen

#### El renacimiento de la Renovación

#### Carismática Católica.

Tal renovación ha sido descrita detalladamente por K. y D. Ranaghan en su libro titulado: *Le Retour de l'Esprit* (El retorno del Espíritu), título ambiguo; porque en verdad se trata no de una vuelta sino de una renovación en el Espíritu. Ellos nos cuentan, como testigos, los casos que se encuentran en el origen de lo que se llama hoy la **Renovación Carismática**. Además, otro testigo de la primera hora, que al mismo tiempo es profesor de teología en la Universidad de «Notre Dame» (South Bend, Indiana), el Padre Edward O'Connor, ha descrito los mismos casos, intentando hacer también su análisis teológico a la luz de la tradición de la Iglesia. Su obra *The Pentecostal Movement in the Catholic Church* (El movimiento pentecostal en la Iglesia católica) y la de los Ranaghan son los dos libros básicos. Después se multiplican una larga serie de estudios y artículos en todo idioma sobre el mismo tema. He aquí, pues, un escueto recuento de estos casos.

La Renovación comienza en el seno de la Iglesia Católica en el año 1967, en el ámbito de los estudiantes de la Universidad Duquesne en Pittsburgh. En aquel vacío de la crisis social y religiosa que atravesaba el país y todo el mundo, conscientes de la impotencia de los hombres para encontrar un remedio radical, se reunieron espontáneamente unos cuantos

para rezar, ayunar e implorar al Espíritu Santo durante un fin de semana en absoluto retiro.

¿Quiénes eran estos jóvenes?

Universitarios comprometidos en diferentes actividades sociales y apostólicas: movimientos litúrgicos y eucménicos, lucha por los derechos civiles, iniciativas diferentes en favor de la paz en el mundo... Eran jóvenes, según dijeron los Ranaghan que, a pesar de su vida cristiana verdadera, «sentían como un vacío, una falta de dinamismo», una pérdida de fuerzas en su plegaria y en su acción; como si su vida de cristianos fuese algo inventado por sí mismos, es decir, como si fuesen caminando sólo por su propia voluntad y su exclusivo poder.

«Algo así como si esa vida cristiana no debiera reducirse a un puro cumplimiento humano».

Eran jóvenes para quienes los dolores del crecimiento sentidos por la Iglesia formaban verdaderamente parte de su existencia cotidiana. Tal era el telón de fondo.

Aquel acontecimiento, que para ellos va a ser como un nuevo Pentecostés, tuvo sus preámbulos. (Muchos de ellos habían leído ya el libro de David Wilkerson: *La croix et le poignard* (La cruz y el puñal), libro que había sido un verdadero éxito editorial, en el cual se decía cómo, por la fe en el Espíritu Santo, un pastor había transformado espiritualmente, en Nueva York, a una banda de jóvenes ex

presidarios).

También habían leído juntos a San Pablo y los Hechos de los Apóstoles, y habían orado todos los días, durante un año, repitiendo la magnífica secuencia «Ven Espíritu Santo», propia de la octava de Pentecostés. También llevaban en su corazón el deseo del Pentecostés que Juan XXIII había convocado en vísperas del Concilio. Todo esto inspiraba y fecundaba su oración comunitaria en aquel retiro de fin de semana, donde fueron a pedir al Espíritu Santo que renovase la misma faz de la Iglesia y del mundo.

La respuesta del Espíritu Santo fue para ellos como una repetición de lo que les sucedió a los primeros discípulos del Señor en el Cenáculo de Jerusalén.

Una inmensa transformación espiritual se operó en ellos. Y contaron con una nueva conciencia del amor de Dios, de un desconocido deseo de orar y de glorificar a Dios, de un nuevo interés por la Escritura, de una fuerza interior que les empujaba a testimoniar a Cristo resucitado... Por algo llegaron a hablar de un «bautismo en el Espíritu Santo» y de carismas que habían recibido, parecidos a los que gozaron en la Iglesia primitiva. Pero tal «bautismo en el Espíritu Santo» no lo consideraron como un sustitutivo de los sacramentos del bautismo y de la confirmación. A este respecto uno de ellos llegó a decir esta palabra clave:

«Aquello se asemejaba más a una reafirmación y renovación adulta de estos sacramentos; a una apertura de nosotros mismos a todas sus gracias».

La continuación de la historia es bien sencilla. Aquellos jóvenes que acababan de probar las maravillas del Señor tenían amigos en otras universidades; y fueron a ellos con toda naturalidad para que pudiesen también ellos participar de lo que había sucedido. Y fue así como en las universidades de Notre Dame en South Bend (Indiana), de Ann Arbor (Michigan), de New Orleans, de Los Angeles, tuvieron conocimiento de lo ocurrido y llegaron a recibir gracias de semejantes fenómenos.

Yo, personalmente, he llegado a encontrar en estas diversas universidades a testigos directos de todo aquello;

### *La respuesta del Espíritu Santo fue para ellos como una repetición de lo que les sucedió a los primeros discípulos del Señor en el Cenáculo de Jerusalén.*

muchos de ellos son mis amigos. No puedo negar que sus testimonios me impresionaron y que se me impuso su credibilidad.

Bien pronto aquellos «grupos de oración» aparecieron no solamente por los campus universitarios, sino también por las parroquias, los monasterios, los conventos; primero en Estados Unidos y, después, en los cinco continentes. El primer congreso nacional, en 1967, reunió a un centenar de personas. En junio de 1974, el segundo congreso, ya internacional, al cual asistí en South Bend, congregó a treinta mil participantes, llegados de treinta y cinco países, unos setecientos sacerdotes y quince obispos.

Los grupos restringidos de oración espontánea se extendían en reuniones de oración más amplias, compuestas de ordinario por cientos de miembros, con o sin celebración eucarística. Se vio entonces cómo surgían «comunidades» más estables y más comprometidas.

Y nacieron las «casas de oración»; ellas hacían de alguna forma el papel de seminarios espirituales accesibles a todos, pretendiendo iniciar a un gran número de personas en la vida cristiana que ellos acababan de descubrir, una nueva luz.

Uno de los aspectos más característicos de esta renovación es el nacimiento de comunidades de diversos tipos, en las que están suficientemente desarrollados los grupos de oración.

Mencionamos aquí, como particularmente interesante, The Word of God community (La comunidad de la Palabra de Dios), editado en la ciudad universitaria de Ann Arbor, Michigan. La experiencia comunitaria de renovación la viven allí ochocientos participantes, de los que sólo el diez por ciento tienen más de treinta años.

La mayoría de ellos viven en

«households» de diez o quince personas: todos han adoptado formas diversas y flexibles de puesta en común y coparticipación de bienes. En la base de esta vida comunitaria se encuentra un compromiso muy preciso con otros miembros de la comunidad, así como la aceptación de una disciplina libremente establecida. El fin común de todos es la puesta en obra de una vida más auténtica según el evangelio, para testimoniarlo así en el mundo.

## **II) Testimonios**

La experiencia inicial vivida por estos jóvenes universitarios franqueó rápidamente su propio ambiente. Los testimonios se multiplicaron, procedentes de los más diversos horizontes: personas salidas de la cárcel, obreros, profesores de universidad, religiosos contemplativos o activos de las más diversas órdenes...

Y una cosa curiosa: sin contacto mutuo alguno, parece ser que el Espíritu Santo había suscitado en diversos ambientes del mundo experiencias si no idénticas, sí, por lo menos, muy análogas.

Me limito, pues, a señalar tan sólo un ensayo publicado por el P. George Kosicki C. S. B., profesor de biología de la Universidad de Michigan, bajo el título: The Lord is my shepherd-Witnesses of priests (El Señor es mi pastor-Testimonios de sacerdotes), al cual se pueden añadir también un conjunto de testimonios recibidos de religiosos jesuitas. El P. Haughey, sacerdote jesuita, los ha reunido en un fascículo bajo el título: The Pentecostal Thing and Jesuits (Lo pentecostal y los jesuitas). Se trata de una serie de testimonios que le han dirigido cuarenta jesuitas que han experimentado la renovación carismática en su propia vida.

Entre ellos encontramos hombres experimentados en los más diversos campos, todos discípulos de San Ignacio, y todos sorprendidos de haber vuelto a encontrar la imagen de su fundador y su propio carisma inicial; y ello es tan verdad que los carismas auténticos se denominan y se unen entre sí desde su fuente común: el Espíritu Santo,

El cuestionario dirigido a estos

cuarenta jesuitas de los Estados Unidos, preguntaba: “¿Cuál ha sido el impacto que sobre usted y su vocación de jesuita ha tenido: 1° El bautismo en el Espíritu; 2° Los dones; 3° Los grupos de oración?”. Hay otra serie de cuestiones más generales sobre lo que había conllevado su adhesión a tal renovación.

El autor agrupa las respuestas bajo tres títulos. Ante todo voy a constatar la impresionante unanimidad en favor de la renovación, después veremos algunas respuestas más originales.

Hablando del bautismo en el Espíritu (ya diré después por qué conviene evitar este término) la mayoría reco-

*Testimonios todos ellos que ya desbordan los límites de América: pues yo he percibido ya su eco en diferentes países del mundo entero, multiplicándose día a día en diversos continentes.*

noce que esta «experiencia espiritual» les ha marcado interiormente.

Un sacerdote de cierta edad escribe: “Durante quince días estuve inundado de consuelos y con un nuevo sentido de la presencia de Dios; me brotaban de forma espontánea lágrimas y otras manifestaciones de alegría. También sentí como una sed de purificación y un deseo de leer la Escritura, así como un gran afán por hacer una oración que durase horas”.

Otro dice que como fruto de esta renovación se sintió invadido por un nuevo poder: Los textos de la Escritura, palabras y ejemplos brotaban de él de una forma tan espontánea que le tenía asombrado. Y añade: «Yo ya había escrito un libro pero, en aquellos momentos, mis antiguas palabras y mis ideas aparecían como una realidad viva».

En resumen: lo que aparece como común a todos, es el sentimiento de presencia y de poder provenientes del Espíritu Santo. También podría hablarse de una metamorfosis del clima de oración: «Mi oración ha venido a ser menos cerebral, más sencilla,

más sentida, más repleta de alabanza». Muchos de ellos testimonian acerca de otros frutos espirituales probados al poder orar en lenguas diversas.

Otros manifiestan haber sufrido un cambio al percibir una presencia más interior y constante de Dios en su apostolado o en su predicación, vivificado todo ello por el Espíritu, así como la ayuda espiritual descubierta en los grupos de oración y la audacia para lograr abrirse en profundidad a sus hermanos, ya que se encontraban inhibidos del todo unos respecto a los otros.

Algunos de ellos testimonian también una metamorfosis en su modo de comportarse en el sacramento de la penitencia, vivido ahora ya como sacramento de curación espiritual.

Se constata, en general, cómo toda esta experiencia ha consolidado su propia vocación de jesuita y su mismo sacerdocio, y el haber podido entender bajo una nueva óptica ¡los ejercicios de San Ignacio!

Estas son algunas de las reacciones descubiertas en un conjunto muy denso y muy variado.

Por mi parte, deseo simplemente añadir que numerosos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos me han manifestado exactamente (a menudo en términos idénticos) lo que habían dicho estos cuarenta jesuitas. Testimonios todos ellos que ya desbordan los límites de América: pues yo he percibido ya su eco en diferentes países del mundo entero, multiplicándose día a día en diversos continentes. Todo lo cual suma bastante más de lo que se requiere para verse llamado a mirar más de cerca a esta experiencia.

### III) Ensayo de análisis de una experiencia

Una cosa es constatar una experiencia y otra analizarla.

La credibilidad de los testigos me obliga a prestar atención.

Sin embargo, no tengo ninguna interpretación teológica adecuada para precisar lo que tales testigos han vivido y aún viven. Los especialistas se encuentran sobre un campo relativamente nuevo a la hora de hacer explo-

raciones. Gracias a Dios, no faltan en nuestras universidades teólogos y exegetas que se preocupen de ello, y no sólo desde fuera, como meros observadores, sino desde dentro, como intérpretes. Cada día se publican sobre la Renovación más estudios teológicos. El terreno no es baldío, pero queda mucho por descubrir.

Quisiéramos trazar aquí nuestro ensayo, un análisis de la experiencia religiosa inicial de conversión y de efusión del Espíritu, experiencia que corrientemente se designa con el nombre de «bautismo en el Espíritu». ¿Qué se quiere dar a entender con este nombre?

#### 1) ¿Qué significa “bautismo en el Espíritu”?

Si de verdad nosotros podemos y debemos admirar, como experiencia vivida, la fe de estos pentecostales en la oración en el Espíritu Santo, no podemos, sin embargo, como saben todos, seguirles, en tanto que católicos, en el plano doctrinal y exegetico sobre lo concerniente a la interpretación del «bautismo en el Espíritu Santo», ni menos aún en lo que respecta al don de «hablar en lenguas», que ellos consideran como señal para reconocer la autenticidad del bautismo. Para nosotros (y en esto concuerdan con nuestra opinión la mayoría de las iglesias cristianas) no se da la dualidad entre el bautismo del agua y el bautismo en el Espíritu. Se trata de un sólo bautismo, que es sacramental. El bautismo en el Espíritu no es un super-bautismo espiritual, una especie de suplemento del bautismo sacramental recibido antes y que entonces vendría a ser como un nuevo soporte de la vida cristiana.

Nosotros creemos, siguiendo a San Pablo, que Dios, en su gratuita bondad, «nos ha salvado por el baño de la regeneración y de la renovación en el Espíritu Santo. Espíritu que nos ha sido dado por Jesucristo, nuestro Salvador, a fin de que, justificados por la gracia de Cristo obtengamos en esperanza la herencia de la vida eterna» (Tt 3, 5-7).

El bautismo único es, a la vez, pascual y pentecostal. Por lo cual, para evitar toda ambigüedad, convie-

ne no hablar ya más del «bautismo en el Espíritu Santo» y emplear otro vocabulario.

*Los dones son, respecto al Donante, lo que los rayos solares son al sol: no se identifican con él, pero le son inherentes.*

*El Espíritu es inseparable de sus dones.*

## **2) La experiencia del Espíritu y los carismas**

¿Cómo es posible definir, entonces, y discernir la experiencia inicial del Espíritu de una forma más clara y más precisa? Es éste un trabajo bien delicado, porque se trata de describir la acción del Espíritu que, por definición, escapa a todas nuestras categorías. Además, nos vemos cogidos por la dificultad de hablar de una nueva efusión del Espíritu, sabiendo que en verdad éste ya nos ha sido dado en el bautismo. La novedad, pues, es muy particular; se trata de una venida nueva del Espíritu que ya está presente, de una efusión que no viene desde fuera sino que brota desde dentro. Pensemos en la palabra de Jesús cuando gritaba: «¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y que beba, el que cree en mí!». Según la palabra de la Escritura: «de su seno correrán ríos de agua viva». El Evangelista advierte que «Él hablaba del Espíritu que debían recibir quienes creyesen en Él» (Juan 7, 37-38). Se trata pues, de un brote, de una expansión, de una acción del Espíritu que expresa y libera grandes energías internas y latentes. Es decir, se trata de una toma de conciencia más acentuada de su presencia y su poder.

Un teólogo, el P. Francis A. Sullivan, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, la describe «como una experiencia religiosa que conduce a algunos hacia un sentido decisivamente nuevo de la presencia todopoderosa de Dios y de su actividad en la vida, actividad que incluye habitualmente la efusión de uno o de varios dones carismáticos».

A través del titubeo de estas palabras puede intuirse lo difícil que es expresar lo inexpresable que se encierra en el misterio de la actividad divina. Algunos han hablado de una actualización de los dones recibidos, de la liberación del Espíritu, de la manifestación del bautismo, de revivir el don del Espíritu recibido en la confirmación, de una acogida dócil y profunda en el Espíritu. Quien se beneficia de ello lo siente como una gracia de elección, como una renovación de vida que surge acompañada de un sentimiento de paz y de gozo inédito, como rehabilitación de las gracias sacramentales ya recibidas, conferidas en el bautismo, después en la confirmación, e incluso halladas más allá de la recepción de los sacramentos, sean éstos los de la penitencia, la eucaristía, el matrimonio o la ordenación. Tal renovación se percibe como liberación de latentes poderes de un Espíritu que quiere conducir a cada uno a la plena realización de su vocación personal, sea ésta laica o religiosa, pero siempre como una nueva toma de conciencia iluminada de nuestra verdadera identidad cristiana, la que tan sólo puede revelarnos la fe, y la que vivifica tal gracia al darle un nuevo realismo, un decidido «clan» misionero.

Tratemos ahora de precisar este análisis por medio de tres complementarios planteamientos.

### **a) Relación entre el Espíritu y los carismas**

Ante todo, es menester precisar con toda claridad, según juzgo yo, la relación existente entre el Espíritu Santo y sus manifestaciones, poniendo nuestra atención no tanto sobre los dones cuanto sobre el Donante. Es bien conocida la oración de San Agustín: «No tus dones, Señor, sino ¡Tú!». Los dones no son en sí sino irradiaciones del Espíritu, el cual en sí mismo es el Don por excelencia, el Don que comprende en sí a todos los dones. Es preciso adherirse al Espíritu en persona, en su viva e irradiante realidad. Las manifestaciones del Espíritu no son sino el Espíritu mismo operando en los fieles. Acción esta o moción de Dios que es infinitamente variada, discreta y soberanamente libre. El Espíritu sopla donde y cuando Él

quiere. Hay que, a todo precio, guardarse bien de “cosificar” los dones, haciendo de ellos objetos, regalos diversos que se distribuyen del mismo modo que se repartiría una herencia, un lote, a tal persona esto, a otra esto otro.

Los dones son, respecto al Donante, lo que los rayos solares son al sol: no se identifican con él, pero le son inherentes.

El Espíritu es inseparable de sus dones. Al recibirlos, yo recibo la plenitud de sus bienes, pero esta plenitud hay que concebirla no estática sino dinámicamente. Lo cual no implica que hayan de manifestarse todos los dones recibidos, o que se manifiesten del mismo modo o en el mismo instante. La visibilidad de los dones, su puesta en acto, varía, y no solamente de persona a persona sino que, para cada uno de nosotros, la moción del Espíritu puede ser diferente. No poseo yo los dones en propiedad, como puedo poseer ciertos objetos en un armario; en realidad, soy yo el poseído por el Espíritu, que me mueve y me conduce según su infinito amor y según el grado de fe, de esperanza y de amor que el Espíritu encuentre en mí. Quien me anima hoy en orden a tal misión, bien puede mañana otorgarse de otro modo; y puede manifestarse en mí no tan sólo según un don, sino por medio de muchos, unas veces simultánea, otras sucesivamente. Es indispensable ir corrigiendo sin cesar nuestro modo humano de pensar, de contar, de catalogar los dones de Dios. San Pablo, con gran libertad, traza una lista de tales carismas; de ellos nos da diversas enumeraciones, las que él, por supuesto, no juzga ni definitivas ni exhaustivas, tan sólo un número de ellos. Si él nos presenta a los dones como si cada uno no recibiese sino uno sólo en orden y provecho al bien

*La convergencia de todos estos dones es lo que edifica a la Iglesia.*

común, no conviene urgir y clavarse en tal imagen «distributiva»; ella no expresa ni pretende traducir todos los matices de la multiforme acción del Espíritu. San Pablo, ante todo, está

preocupado y atento a establecer cierto orden en las asambleas litúrgicas de Corinto, y no ciertamente a describir el interior movimiento del Espíritu. Una fórmula sintética aparece en sus escritos: “A cada cual la manifestación del Espíritu le es otorgada para el bien común” (I Cor 12, 7); la convergencia de todos estos dones es lo que edifica a la Iglesia.

*En el curso de la vida cristiana, cada sacramento extenderá el radio de acción del Espíritu impregnando más y más nuestro ser y nuestro hacer.*

#### **b) El Espíritu como presencia inicial**

Una segunda observación bien importante es la concerniente a lo que yo llamaría nuestro lenguaje futurista. Cuando se trata de una nueva venida del Espíritu Santo en el alma del bautizado, es menester hablar de él como de algo en perspectiva de lo «ya recibido». Dicho de otro modo, es menester partir del hecho fundamental de que el cristiano ha recibido ya en el bautismo la plenitud del Espíritu Santo. Él no es el que va a venir, está radicalmente presente en los comienzos mismos de la vida cristiana, incluso aunque la conciencia de esta realidad no pueda alcanzarse sino más tarde, cuando el niño, llegado ya a la edad adulta, venga a ratificar, como se esperaba de él, las exigencias de su bautismo. El Espíritu está en él; la promesa de Dios se ha cumplido; el bautizado es huésped de la Santa Trinidad. De aquí se sigue que la santidad no es como una escalada hacia un pico lejano, inaccesible. La santidad cristiana nos es inicialmente dada. Propiamente, nosotros no tenemos tanto que llegar a santos como mantenernos tales, es decir, llegar a ser lo que ya somos. Porque hemos recibido el Espíritu de santidad en nosotros como arras y primicias; nos es entonces preciso, por fidelidad, desarrollar dentro de nosotros las latentes riquezas, sus virtualidades, sus «nucleares» energías.

En el curso de la vida cristiana, cada sacramento extenderá el radio de acción del Espíritu impregnando más y más nuestro ser y nuestro hacer. La fuente bautismal es lo primero; ella es la que dará lugar al riego de las tierras y al correr de las aguas. Es este lento proceso el que poco a poco va cristianizando al fiel cristiano.

Cuando se confiere el sacramento de la confirmación al joven, nosotros le decimos: «Vas a recibir al Espíritu Santo...», y después: «Lo has recibido». Se trata no de un suplemento del bautismo, sino de su confirmación de él. Cuando se llega a la consagración episcopal, el consagrador dice al futuro obispo al imponerle las manos: «Recibe al Espíritu Santo...». Se trata entonces de una investidura que marca una mayor empresa y misión del Espíritu, recibido ya anteriormente. Lo mismo sucede en el curso de una ordenación diaconal o sacerdotal.

En la liturgia del Adviento, son muy numerosas las oraciones que piden a nuestro Padre nos envíe a su Hijo, como si éste no se hubiera ya encarnado. Cuando la liturgia de Pentecostés, imploramos de él que «nos envíe su Espíritu Creador», pero presuponiendo ya su anterior presencia porque en la misma plegaria nos referimos al Espíritu como a un huésped inefable de nuestra alma. No se da confusión alguna al profesar las realidades de la fe en un estilo evocativo.

Lo mismo sucede al interpretar el lenguaje carismático. El Espíritu Santo no nos llega desde fuera para poder perfeccionar su obra y retocarla. La tentación es grande, la tentación de decir que Dios está en trance de hacer una cosa inédita, absolutamente nueva, reservada para nuestro tiempo. Lo cual vendría a ser como una pretensión de introducir la discontinuidad y la arbitrariedad en la acción de Dios; es imprescindible pensar en cambio en términos de continuidad y de fidelidad de Dios respecto a sí mismo. Nosotros, por ejemplo, no diremos que Jesús ha escogido este tiempo para darnos la Eucaristía; su don es permanente, somos nosotros quienes tenemos que acercarnos a él. Lo mismo debemos decir que el Espíritu es un don permanente, y que es a nosotros a quienes corresponde dejar que él opere en nosotros «el querer y el

hacer». Somos nosotros quienes, bajo el efecto conjugado de la gracia y nuestra libertad, le proporcionamos una nueva posibilidad de acción, una empresa más y más liberada de obstáculos, es decir, de nuestros pecados, nuestros rechazos, nuestras reticencias. «No apaguéis el Espíritu, no le entristezcáis»: tales son los imperativos de la vida cristiana.

Cuando la acción del Espíritu se intensifica en nosotros, no es precisamente que el Espíritu se despierte o que estalle, tal y como lo haría un volcán al entrar en acción tras una larga temporada de silencio; somos nosotros quienes nos despertamos a su presencia bajo los golpes de la gracia, debido a una fe en crecimiento, a una esperanza más viva, a una caridad más ardiente. En el bautismo todos nosotros recibimos al Espíritu Santo en plenitud, el laico lo mismo que el sacerdote, el obispo o el Papa. No se recibe más o menos al Espíritu Santo; como tampoco una hostia está más o menos consagrada. Cada uno lo recibe para una diferente misión y con los carismas propios, correspondientes a ella.

#### **c) El Espíritu Santo como un poder permanente**

El Espíritu Santo anima la vida cristiana no solamente desde sus orígenes, sino también a través de todo su proceso. La Escritura no cesa de recordarnos que el Espíritu es Poder, y que nos es preciso atrevernos a apoyarnos sobre esta fuerza que nos levanta más allá de nosotros mismos si dejamos que influya en nosotros.

Es interesante constatar cómo San Pablo o San Lucas asocian al Espíritu Santo a una misión de poderío.

Refiriéndose a María, Lucas escribe: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1, 35).

Y lo volverá a afirmar a propósito de los apóstoles a quienes Jesús promete: “He aquí que yo voy a enviar sobre vosotros lo que ha prometido mi Padre. Os quedaréis, por tanto, en la ciudad hasta que seáis revestidos de una fuerza de lo Alto” (Lc 24, 49).

Y todavía más: «Vosotros vais a recibir una fuerza, la del Espíritu Santo que ha de descender sobre vosotros. Entonces seréis mis testigos...» (Hch

1, 8).

Es importante hacer notar aquí que los apóstoles no son meros testigos, sino apóstoles movidos por el Espíritu. Desde ellos mismos pueden testimoniar, como testigos directos del acontecimiento de la resurrección, pero tan sólo en virtud del Espíritu pueden dar testimonio del sentido de este acontecimiento. A la luz profética recibida del Espíritu, ellos podrán interpretar todo el hecho y desarrollo de la salvación: la fuerza de su palabra radica aquí. San Pablo otorga a los romanos una bendición final, toda ella penetrada de esta confianza en el Espíritu: «Que el Dios de la esperanza os otorgue en plenitud dentro de vuestro acto de fe, la alegría y la paz a fin de que la esperanza superabunde en vosotros en virtud del Espíritu Santo» (Rom 15, 13).

Y a sus cristianos de Corinto añade: «Yo mismo me presento ante vosotros débil, temeroso y temblando, y mi palabra y mi mensaje no tienen nada de discursos persuasivos según sabiduría, son una demostración del Espíritu y de su poder» (I Cor 2, 3-4).

De este modo se expresa la fe cristiana; y tal poder del Espíritu no es

*«Yo mismo me presento ante vosotros débil, temeroso y temblando, y mi palabra y mi mensaje no tienen nada de discursos persuasivos según sabiduría, son una demostración del Espíritu y de su poder»*

*(I Cor 2, 3-4)*

algo reservado meramente a los apóstoles, también forma parte integrante de nuestra herencia, la de todos nosotros. Si nos lanzamos a creer en verdad, podremos barrer todos nuestros descorazonamientos en servicio del Señor, y podremos considerar a la vida espiritual no solamente como un esfuerzo de “ascesis”, mantenido sin cesar a costa nuestra, sino como una obra del Espíritu vivo en nosotros y con nosotros, sostenido siempre sobre su presencia y potencia indefectibles. Muchos de aquellos que han seguido las normas trazadas por los maestros de la vida espiritual se ven obligados a confesar, tras una serie de años en sincero esfuerzo, que no han podido

sobrepasar la mediocridad. No han podido sostener el esfuerzo exigido, ni han encontrado la energía necesaria para el cotidiano combate. Y les aparece la montaña de la perfección como demasiado elevada, y el precio que hay que pagar como demasiado pesado. Entonces han tenido que renunciar a la escalada ante los primeros contratiempos de la montaña. La fe en el poder del Espíritu puede sostener a quienes así se han desanimado, porque si la disciplina de la voluntad es indispensable para llevar una verdadera vida cristiana, esta disciplina no es ni el punto de partida ni el centro de la vida ascética. Una “ascesis” basada sobre nuestra sola fuerza de voluntad no puede llevarnos demasiado lejos. La fe en el poder del Espíritu no elimina absolutamente nada la necesidad de la “ascesis”, pero la sitúa en su papel secundario. Y nos asegura que la santidad es más bien una ascensión en vez de ser una ascensión y que es Dios mismo quien nos eleva hacia sí.

Todo lo cual constituye una enseñanza que sin cesar nos es preciso aprender y reaprender.

*Cardenal L. J. Suenens*

## **Noticias...Noticias...Noticias**

### **EVENTO DE ICCRS 2006:**

### **¡ENCUENTRO CON EL SANTO PADRE!**

#### ***Pentecostés 2006***

#### ***¡Venid y celebrad juntos!***

Nos alegramos cuando oímos que el Papa Benedicto XVI había expresado su deseo de reunirse con todos los movimientos eclesiales en la Vigilia de Pentecostés 2006. Seguro que muchos de vosotros recordaréis el encuentro anterior con el Papa Juan Pablo II en 1998.

El nuevo Santo Padre valora claramente la contribución que los movimientos eclesiales hacen a la vida de la Igle-

sia, y será un gran privilegio para nosotros celebrar Pentecostés con él. Este encuentro histórico es también muy pertinente para nosotros en la RCC ya que febrero de 2007 señala nuestro 40 aniversario. De modo que podemos aprovechar este Pentecostés para ser renovados y entusiasmarlos, y para desarrollar una visión de todo lo que el Espíritu Santo tiene reservado para el futuro.

En respuesta a la invitación del Santo Padre, ICCRS está organizando una serie de eventos por Pentecostés para preparar nuestro 40 aniversario. El 3 de junio, nos concentraremos en la Plaza de San Pedro de Roma con miembros de otros movimientos eclesiales para la Vigilia de Pentecostés. Luego, el domingo de Pentecostés tendremos la oportunidad para que miembros de la RCC mundial se unan a miles de hermanos y hermanas de realidades carismáticas italianas para celebrar sencillamente la bondad del Señor en el poder del Espíritu Santo.

El 4 de junio nos trasladaremos a Fiuggi para la Asamblea Internacional Abierta. La Asamblea será una oportunidad maravillosa para experimentar reunarnos como hermanos y hermanas de la RCC mundial. La asamblea está abierta a todo el mundo, y por eso es una oportunidad maravillosa para aquellos que sean nuevos en la RCC para experimentar un gran encuentro internacional, así como ser un lugar para aquellos que han asistido a eventos anteriores, para volver a encontrarse con viejos amigos y forjar nuevas relaciones en el Espíritu. El programa nos ayudará a mirar hacia atrás y reflexionar sobre las gracias de la Renovación durante los últimos 40 años. Algunos de nuestros predicadores han estado implicados en la RCC desde el principio, por ejemplo Kevin y Dorothy Ranaghan y el P. Tom Forrest. Durante la Asamblea reflexionaremos también sobre el Bautismo en el Espíritu como don para toda la Iglesia, y consideraremos algunos de los retos a los que se enfrenta la RCC en el futuro. Los oradores invitados vienen de todos los continentes, incluyendo al P. Diego Jaramillo (Colombia), el P. Bart Pastor (Filipinas), Charles Whitehead (Inglaterra). También habrá contribuciones de los diversos miembros del Consejo de ICCRS.

A continuación de la Asamblea Abierta, celebraremos un Coloquio Internacional de Líderes del 9 al 11 de junio,

con 300 líderes invitados. El objetivo de este Coloquio es compartir y aprender unos de otros, y también, y quizá sea lo más importante, escuchar al Señor juntos y buscar Su visión y Sus planes para la RCC mundial.

Para los que no asistan al Coloquio de Líderes habrá peregrinaciones optativas a Asís o San Giovanni Rotondo.

Desde luego todos estos planes no son nada sin las personas. Os alentamos a todos a pensar seriamente durante esta época especial de gracia sobre vuestra participación en estos eventos. Por favor, tratad de responder favorablemente a la invitación del Santo Padre. Nosotros en ICCRS estamos haciendo todo lo que podemos para facilitar la reunión de gran cantidad de personas de la RCC mundial para esta ocasión única y en preparación para el año de nuestro aniversario. Más detalles sobre los eventos y una hoja de inscripción están disponibles en nuestra web [www.iccrs.org](http://www.iccrs.org).

¡No perdáis tiempo! ¡Moviliza a vuestra gente ya y hagamos que Pentecostés 2006 sea una ocasión verdaderamente memorable!

### **SEMINARIO DE INICIACIÓN**

**Santa María de Caná.** Comienza el Lunes 6 de Marzo a las 20:30 h.

### **SEMINARIO DE PROFUNDIZACIÓN**

Abierto a todos los grupos. Apuntaos con tiempo.

**EMAÚS.** Comienza el Jueves 20 de Abril

### **RETIRO MINISTERIO REGIONAL DE MÚSICA**

**LUGAR:** Camarena 57, Parroquia San Juan Bautista de la Concepción.

**CALENDARIO:** Domingo 26 de Marzo. Comienza a las 10:00 h. Hay que llevar comida.

*Se invita a los servidores de los grupos de la Zona Centro a discernir personas que puedan formar parte del Ministerio Regional de Música. Estas personas se incorporarán y serán acogidas en el MRM en este retiro. Deben ser personas que estén sirviendo en el Ministerio de Música en sus grupos, o que en algún momento hayan servido.*

### **PASCUA 2006 ZONA CENTRO**

**LUGAR:** CASA DE ORACION SANTA MARIA. Avda Alcazar 55. Herencia. Ciudad Real.

**CÓMO LLEGAR:** Desde Madrid habrá autobús.

**CALENDARIO:** De Jueves Santo por la tarde a Domingo.

### **RETIRO PARA SERVIDORES DE LA ZONA CENTRO RCCeE**

**LUGAR:** Sin confirmar.

**CALENDARIO:** Sábado 13 de Mayo.

### **PENTECOSTÉS ZONA CENTRO**

**LUGAR:** Colegio Sagrado Corazón. Avda. Alfonso XIII, 127. Entrada por C/ Paraguay.

**CALENDARIO:** Sábado 3 de Junio.

**PREDICADOR:** Chus Villarroel, O.P.

### **EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA RELIGIOSAS**

En clima de silencio. Dirigidos por P. Juan Manuel Martín Moreno SJ.

**LUGAR:** Centro de Espiritualidad del Sdo. Corazón de Jesús C/ Santuario, 6 (VALLADOLID).

**CALENDARIO:** Los días 21 al 28 de Julio.

**PRECIO:** 223 €

*Mandar respuesta antes del 20 de Marzo a:*

*Gloria Pastor*

*C/ Felipe II, 6*

*47003 Valladolid*

*Tfno.: 669 288 598*

*e-mail: [gpasgor@yahoo.es](mailto:gpasgor@yahoo.es)*

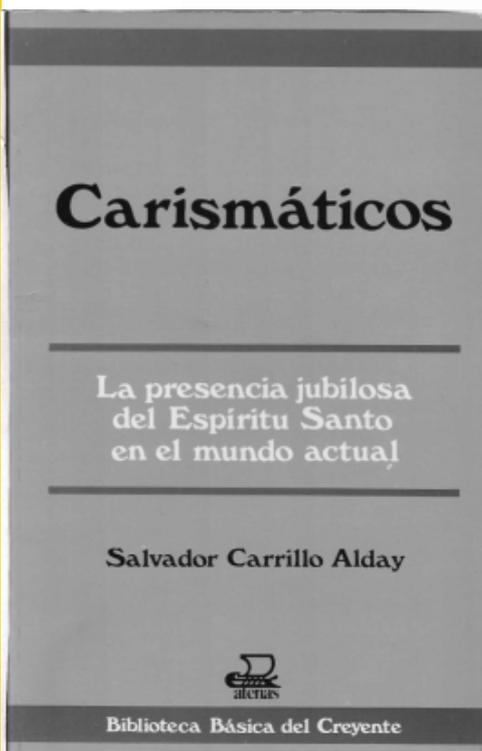
### **RETIRO PARA SACERDOTES**

**LUGAR:** Casa de Espiritualidad de Cristo Rey. Bohadilla del Monte. Madrid

**CALENDARIO:** 9 al 15 de Julio.

**PREDICADOR:** D. Jesús Higuera (párroco de Santa María de Caná, Pozuelo de Alarcón).

## ***Ideas Para Tu Biblioteca***



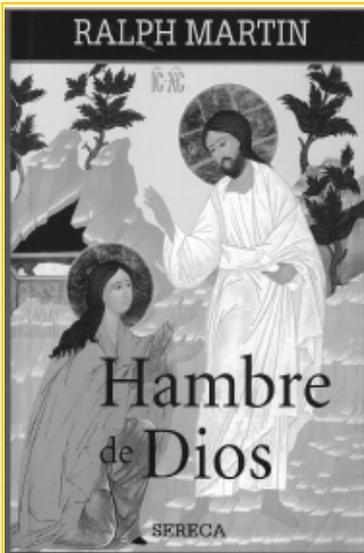
Sugerimos hoy este libro con el título: CARISMÁTICOS, con la seguridad de que es una obra que merece la pena tener en nuestra biblioteca.

Para aquellas personas que tienen sus primeros contactos con la Renovación Carismática Católica, este libro les guía y aclara cuál es la espiritualidad que se vive en la Renovación. Los seis capítulos de que consta nos van introduciendo en las fuentes que sustentan y dan vida a esta "corriente de gracia" que, según el Cardenal Suenens, es la Renovación Carismática o Renovación en el Espíritu.

Con múltiples citas a las Sagradas Escrituras (especialmente al Nuevo Testamento), el autor nos va dando a conocer con sencillez, pero con alto valor teológico, los fundamentos en que se basa esta espiritualidad renovadora que, como un torrente de agua viva, por mediación del Espíritu Santo, está penetrando en la Iglesia.

El libro también nos lleva a conocer los orígenes o nacimiento de esta experiencia espiritual. Experiencia que cambia la vida de aquellas personas que la acogen en su corazón.

Si bien este pequeño volumen es muy interesante para aquellas personas que inician sus contactos con los Grupos de Oración de la Renovación; no quiere decir que no lo sea también para aquellos que quieran conocer en que consiste esta "corriente de gracia" a la que hemos hecho mención anteriormente.



Este es un libro testimonial que nos puede servir para profundizar, tanto en el conocimiento como en la espiritualidad que se vive en la Renovación Carismática, a través de la experiencia de una persona que nos muestra sus propias vivencias.

Su autor es uno de los primeros que, hace más de treinta años, tuvo la “suerte” de vivir la experiencia de ese Pentecostés personal en los inicios de la Renovación.

Este libro: “HAMBRE DE DIOS”, va desgranando a lo largo de sus páginas una serie de reflexiones y vivencias personales que pueden servirnos de orientación para tener un encuentro con Jesús, a través de una fuerte efusión del Espíritu Santo.

Es una llamada al encuentro personal con Dios mediante una profunda oración personal y comunitaria. La oración, en sus distintas vertientes, es la forma de acercarnos al Padre y establecer una verdadera relación filial con Él.

Como dice su autor, Ralph Martin, este libro pretende ser una ayuda práctica para la oración personal.

## A Tu Servicio



Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 917735644 ( Maria Jesús)  
e-mail secretaria: beacarrasco@telefonica.net  
Correo ordinario: Maria Jesús Casares Guillén  
c/ Camino de los Vinateros, 119  
28030Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares, María de la Fuente.